

voluntad de poder es “una concepción «política» en lugar de «metafísica»” (p. 234). Lejos de ser la culminación de la metafísica, el concepto nietzscheano de justicia constituiría un “retorno a Platón” pero que evitaría el “platonismo”, pues en rigor, es Heráclito quien subyace a dicho concepto, un pensamiento premetafísico que en Nietzsche haría socavar toda metafísica posible.

Vicente Montenegro Bralic

**Gabriela Milone (comp.), *La obstinación de la escritura*, Córdoba, Postales Japonesas, 2013, 190 pp.**

Maurice Blanchot escuchaba en Alban Berg una nota única que, sin dejar de resonar, no podía desplegarse. Se trataba del *ostinato* atonal con el que aquel discípulo de Schönberg había problematizado, al igual que su maestro, los fundamentos del lenguaje musical y que constituye uno de los hitos de la crisis que afectaría los aspectos fundacionales de la ontología occidental. El *ostinato* parece haberse convertido, desde entonces, en una manera adecuada de aproximarse al delicado tejido que se extiende entre los restos del lenguaje que han llegado hasta las orillas de nuestro presente. En efecto, es bajo la presión de una cierta obstinación que Gabriela Milone ha reunido textos de un grupo de jóvenes pensadores cordobeses que parecen tener por objeto dilucidar la experiencia de la escritura pero cuyo efecto es, sobre todo, hacer manifiesta la potencia de una línea muy específica de la filosofía contemporánea para poner sobre nuevas bases nociones fundantes de nuestra tradición, tales como el lenguaje, la voz, la literatura y, por supuesto, la misma escritura. Así irá tomando forma este volumen en el que se insistirá con la necesidad de demorarse en la materialidad de la escritura, en esas trazas que en su probable insignificancia se resisten a desaparecer; sobre todo se empeñan en no admitir que el único destino de lo escrito sea la servidumbre a la idealidad del sentido. Como explica E. Biset en el prefacio, quizás sea la escritura un “arte visual” hecha a partir de los despojos, más o menos resguardados, de los muertos que viven en y entre nosotros.

El principio de composición de este libro es la articulación de algunas piezas clave del pensamiento contemporáneo italiano (sobre todo el de G. Agamben) y francés (Blanchot, Nancy, Quignard, Derrida, entre otros), con el fin de realizar una intervención teórica en el campo de los estudios sobre la escritura –y, por extensión, el lenguaje–, que ayuden a desbloquear los caminos que pueden llevarnos a una concepción menos romántica del hecho literario. Parece posible, así, desmarcarse de la rigidez de los géneros y dejarse interpelar por el pensamiento que se inventa en un abanico de escrituras, donde ya no se tiene en cuenta la prioridad explicativa de un

género sobre otro sino que antes bien se concibe el concierto escritural como reunión eventualmente consonante (aunque no armónica) de una diversidad de pensamientos.

En un apretado capítulo encontramos los ensayos de Juan Manuel Conforte, Natalia Lorio y Gabriela Milone, quienes se inclinan por delinear los rasgos de aquel pensamiento francés e italiano que viene hace un tiempo horadando el fundamento bien construido del pensamiento occidental. En “En los jardines del lenguaje...”, Conforte examina los modos en que la intervención de Blanchot resultó decisiva para la lectura francesa de los tópicos de la filosofía heideggeriana relativos al lenguaje. Exhibiendo la posición blanchotiana en el debate entre “terroristas” y “retóricos” que el escritor Jean Paulhan promovía, el autor deslinda a Blanchot de Heidegger afirmando no sin polémica que, a diferencia del lenguaje de la mostración defendido por el alemán, para Blanchot “el lenguaje no es sino su constante diferir sin huella, sin ser, sin *hay*” (p. 75), algo que, de acuerdo a Conforte, sería el sello distintivo de la operación blanchotiana en y a través del lenguaje: su autonomía radical. En contraste con esta lectura, en “Escritura y literatura. Figuras de la experiencia del lenguaje”, Lorio localiza en “el lenguaje que se hace ambigüedad” la definición de lo literario en Blanchot, retomando así un linaje de problemas que desde Bataille, Klossowski y Foucault nos conduce a esa enigmática operación del escritor que “realiza su proyecto” al “desleer[lo]” (p. 84) y que se demora pensando, inventando y construyendo nuevos modos en que el lenguaje comunica con la literatura.

Si, como afirma Natalia Lorio, “la mácula de la pregunta por la literatura [...] evidencia el trastorno del principio de realidad del lenguaje que es el núcleo de la literatura” (p. 88), quizás uno de los mayores logros de este volumen consista en la operación de traducción que genera el abordaje de una cierta línea de pensamiento poético a partir de una matriz conceptual de cuño post-nietzscheana. Incurriendo reiteradamente en lecturas de la poesía argentina que operan como laboratorios donde los investigadores recorren experiencias de escritura de alta densidad e intensidad, la mayoría de los artículos se esmera por señalar los puntos de contacto entre las perspectivas filosóficas antes mencionadas y la obra de Oscar del Barco, Claudia Masin, Marosa Di Girogio, Martín Rodríguez, Héctor Viel Temperley y Estela Figueroa. Así pues, transpolando lo dicho por Adriana Canseco en “Volver a la eternidad: escribir en el umbral de la lengua”, podría decirse que se hurga una y otra vez en la “experiencia del cuerpo atravesado por la materialidad de la letra y urgido por el deseo de un tiempo-fuera-del-tiempo” (p. 31), cuerpos que se configuran en lo actual pero a modo de enclaves de infancia que, según la misma autora, es la huella inquieta de los “restos balbucientes”. Y acaso esto sea, también, un modo de entender la tarea de leer el pensamiento europeo desde Latinoamérica.

Milone, en su sutil “La voz en la experiencia poética” mide la potencia de los poemas de Oscar del Barco con los desarrollos de Agamben y Blanchot en torno a la voz, eso que parece conjugar lo anterior al lenguaje y su plenitud vacía, en una reduplicación de la negatividad que inesperadamente se hace cuerpo. Con del Barco, la autora llega hasta aquel espacio en que la palabra florece en prescindencia de un sujeto, una palabra escrita “en la intemperie del nombre” y cuyo único objeto es “el desierto del dolor en los cuerpos” y “la pasividad de la carne en el sufrimiento” (p. 96). En “*Geología* o tras las huellas de la memoria”, Lorena Fioretti reúne las piedras que la poeta chaqueña Claudia Masin ha ido desperdigando por el mundo, y consigue armar un jardín con algo de luz donde jugar por un rato. Juego que, como saben los niños, pasa por el tocarse de los cuerpos que aquí son la escritura y sus memorias. Entre Masin, Derrida y Nancy se establece un juego en el que cada estrato de la obra de la poeta parece extraído de aquella cantera de conceptos que los franceses vienen explorando hace tiempo ya (el sentido de lo material, como forma de desplazar la prevalencia de un idealismo caduco pero siempre redivivo). Va tomando forma de esta manera una ética materialista, lectura que Fioretti comparte con Javier Martínez Ramacciotti, y que éste abre a su modo aquí, a partir de los poemas de Marosa di Giorgio. En efecto, en “Un encuentro simpático entre cuerpos...”, el autor reivindica el operar de la escritura como vínculo “insubstancial” cuyos anudamientos exigen el abandono de la Verdad y el sometimiento a “los espasmos de la materia, de sus variaciones” (p. 140). En “A la escucha del fantasma...”, Rocío Pavez escribe, también, acerca de la experiencia poética en el encuentro con el imaginario marosiano. Y en este decurso enfatiza la elusión de las formas acabadas y definitivas, lo cual da lugar a una reflexión en torno a un modo particular del estar: permanecer en el ámbito de lo medial que es el lenguaje una vez que su ‘uso instrumental’ ha caído (p. 113).

Un aspecto diferente de la materialidad se manifiesta en “La voz anfibia...” de Franca Maccioni, donde se explora el ‘origen’ profano del mundo o de la escritura, búsqueda que se determina a partir de la obra del poeta Martín Rodríguez y que tendrá como núcleo el agua. En efecto, rescatando la noción de “hay” que obsedió a Lévinas y a Blanchot (el conocido “*il y a*”), y que constituye la reversión del “*Es gibt*” heideggeriano, Maccioni hipotetiza una creación que no bascula sobre la nada sino en *lo que hay*, para “trazar a partir de [ello] un nuevo campo de relaciones” (p. 52). Como si el humedal fuera el escenario del que no es posible sustraerse, todo se halla sometido a la lenta permeabilización de las fronteras, a la recombinación genética que nos coloca de manera interminable en el lugar del nacimiento eternamente reiterado. En este sentido, los tres autores parecen confluír en una reivindicación de la materialidad de la palabra y la imaginación, pero Martínez Ramacciotti suma a la ecuación una figura que siempre deambula por los

jardines salvajes marosianos, la de Dios: un Dios-monstruo cuya perseverante transmutación acelera las metamorfosis del escribiente y de la escritura en otra cosa, en algo que parece escapar a la literatura sin, no obstante, escapar a la letra (pp. 141-142).

Acerca de cierta divinidad también versa el ensayo de Jorge Charras, “El viaje sin Dios. Notas sobre la experiencia del poeta en la ciudad en *Humana Vitae Mia* de Viel Temperley”. De acuerdo a esta lectura, aquí en las pampas el aburrimiento urbano no es la excrescencia de la “vida moderna” según han venido enseñando los “tediosos parisinos” que, como Baudelaire, hacen de la “potencia para negar, [...] la *ética* de los modernos nihilistas” una vez que la Historia ha llegado a su fin y la revolución ha sido declarada imposible (p. 118). Lejos de ello, Viel Temperley escribiría la crisis de las “vías de contacto” con Dios, vías truncadas por fuerzas de destrucción del yo que quedaría, entonces, sometido a la disolución no mística, ni extraordinaria (p. 125): a la mera disolución por aburrimiento ante la suspensión de la relación con lo divino.

En el capítulo final, se presenta una entrevista a la poeta Estela Figueroa, precedida por un escrito de la entrevistadora, Silvana Santucci. La investigadora indica que “la escritura de Figueroa nos presenta otra forma de vida. Una subjetividad mediada por el lenguaje, donde la poesía emerge como el ordenamiento de una experiencia prefigurada” (p. 151). Al leer esa conversación, uno puede adivinar que Santucci está en lo cierto al afirmar que la poeta se dedica a transformar lo intolerable en canto, a “*habitar* en desamparo” (p. 153).

Cierra este libro una traducción de “Le misologue”, de Pascal Quignard, a cargo de Adriana Canseco.

Noelia Billi

**Paul Patton, *Deleuze y lo político*, trad. Margarita Costa, Buenos Aires, Prometeo, 2013, 190 pp.**

El creciente interés por la obra de Gilles Deleuze hizo que en los últimos años se multiplicaran las traducciones de textos de bibliografía secundaria publicados en otros idiomas. Si bien en un principio esas traducciones apuntaron a obras que abordaban el pensamiento deleuziano en su totalidad, pronto comenzaron a aparecer textos que abordaban aspectos particulares de su obra, sobre todo aquellos relacionados con problemas estéticos que, como se sabe, ocupan un lugar protagónico en la obra del filósofo. No menos importante es la creación de conceptos que Deleuze aportó para pensar lo político. Sin embargo, faltaba la edición en castellano de alguna obra que aborde este tema de manera orgánica. La editorial Prometeo viene a suplir